

- ¿Está convenido?  
 —Convenido.  
 —Entonces, hasta muy pronto.  
 —Adiós.

Los dos hombres cambiaron un energético apretón de manos.

—Mire usted—dijo Dantenac,—tan solo con verle me encuentro más fuerte. Mañana marcharé.

- Adiós, marqués, hasta la vista.  
 Caussedé respondió como un eco:  
 —Hasta la vista.

## XIX

### El calvario de Astos.

La casa del capitán Soubére en el pueblecito de Astos, había recobrado su aspecto ordinario.

Desde la huida de Benedetta había estado cerrado, como esos hoteles deshabitados en invierno que esperan las bandadas de viajeros que llegan de las ciudades para instalarse durante algunas semanas en aquellos nidos de verdura, á fin de recobrar las fuerzas para acometer nuevos trabajos y nuevos placeres.

La tía Julia apenas entraba, trabajando fuera como una mercenaria, y en el fondo del alma estaba mortalmente triste y desolada.

Ahora estaba la casa otra vez abierta y reanimada.

Marieta y Benedetta estaban de vuelta.

La pobre señora no quería conocer las causas porque había huido su sobrina, ó mejor dicho, su hija.

Benedetta había vuelto; la oveja descarriada entraba en el redil, según la expresión del padre Artigues. Era todo lo que la hermana del capitán quería.

Algunos días después de la entrevista del marqués de Caussedé y de Pedro Dantenac, á las tres de la tarde, estaban sentadas las dos hermanas en el pequeño pabellón donde el barón había tratado de seducir á la desgraciada joven, al principio de este drama.

Benedetta parecía perdida en el mundo quimérico de los sueños.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada indecisa, ejecutaba aquel cadencioso movimiento que el barón Mósés había observado á la vuelta de las Clayes, cuando la desventurada se trastornó con la muerte de su hijo.

Como en el hotel de Neuilly, el movimiento era casi imperceptible; sin embargo, Marieta la preguntó con inquieta ternura:

—¿Qué haces?

—Nada—dijo la joven estremeciéndose.

—¿En qué piensas?

—Benedetta movió la cabeza.

—No lo sé—contestó.

—¿Quieres salir? ¿Quieres ver á nuestros amigos, Rabastoul, por ejemplo?

—No; estoy aquí bien contigo.

Y volviendo á sumergirse en sus sueños, fué recobrando poco á poco su monótono movimiento.

Luchón estaba en plena temporada.

Los hoteles se llenaban de forasteros.

El casino había empezado sus fiestas, sus fuegos artificiales, sus conciertos.

A cada instante, carruajes de dos ó de cuatro caballos envolvían en polvo los caminos, alegres cabalgatas cruzaban por Marignac, precedidas de guías pintorescamente vestidos, que hacían restallar alegremente sus fustas.

Casi todos los forasteros se detenían en el pabellón con el pretexto de comprar tabaco, pero en realidad para ver á las hijas del capitán, y sobre todo para contemplar á la que con tanta justicia se había llamado la Virgen de Marignac.

La joven se retiró, á fin de no dar á los curiosos el espectáculo de sus lágrimas.

Se dirigió á la aldea de Astos, de la que no estaba separada más de trescientos metros.

El sendero que conduce desde la plaza del pueblo hasta la casa del capitán, serpenteaba entre bosquecillos de hayas y manzanos.

Benedetta se encontraba á la mitad del camino, cuando se detuvo. Cerca de ella acababan de pronunciar el nombre de Juan Dantenac.

El sendero que seguía estaba tapizado de musgo, y como los setos vivos que le cerraban tenían más altura que la de un

hombre, los que hablaban al otro lado no podían verla ni oirla.

Había un hombre y una mujer.

El hombre era Rabastoul el marmolista, el padrino de Benedetta, que preguntaba en voz baja:

—¿Está usted segura de lo que dice, Mariana?

—Como que acabo de ver al sacristán de Marignac hace un momento. Después de todo, hará usted mal en enfadarse... Ese muchacho no puede estar solo toda su vida... sin establecerse.

—Es claro... lo comprendo. Sin embargo...

—Quiere establecerse y le hace falta una mujer y dinero. Contaba con su hermano Pedro, pero no se sabe lo que ha sido de él. Los unos dicen que ha marchado al extranjero; los otros que ha muerto. Esto no está claro. La sobrina del señor Bastida es una buena muchacha, y en la casa hay muy bien cuarenta mil francos... Andando el tiempo, todo será para ella. Juan se irá á vivir con el buen hombre y juntos seguirán en el oficio.

—¿Está convenido?—preguntó la gruesa voz de Rabastoul?

—Completamente. Casándose con Benedetta hubiera tenido que pagar al señor Bastida; casándose con su sobrina se ahorra eso, y siempre va ganando.

Benedetta, apoyada en el tronco de un árbol, se comprimía el pecho con ambas manos.

Juan Dantenac, su prometido, no la había amenazado en vano.

Al volver á su país había buscado una mujer y no le había costado trabajo encontrarla.

¡Y bien pronto!

Pero ¿ella misma no se lo había aconsejado?

Las voces se alejaron.

Rabastoul iba tronando de despecho.

A la orilla del sendero, separada cincuenta pasos de donde estaba Benedetta, bajando hacia el Garona, se ve una antigua cruz de mármol gris, erigida desde tiempo inmemorial.

Aquella cruz se llama el calvario de Astos.

La hierba crece sobre la base de la cruz, formando una pequeña elevación cubierta de verdura.

Cuando el marmolista, veinte minutos después salía del bosque, iba solo.

Al volver en el camino distinguió una forma humana extendida sobre la verde alfombra que rodeaba la cruz.

Se aproximó rápidamente y escuchó sollozos apagados.

Benedetta, con los dedos entre sus cabellos, murmuraba una plegaria confusa, de la que Rabastoul sólo oía estas palabras, pronunciadas con acento desgarrador:

—¡Dios mío ¡Dios mío!

Se inclinó sobre ella, la cogió entre sus brazos robustos, y la llevó como un niño.

Era un hombre de corazón fuerte y rudo; sin embargo, una lágrima cayó de sus ojos sobre el rostro de nieve de aquella mártir del destino.

## XX

### En el templo de Eros.

Un ruido singular se había extendido por París.

Se decía que los Mosés se retiraban de los negocios.

Un periódico mal intencionado, al mismo tiempo que lanzaba esta increíble noticia, la ponía un atrevido comentario:

«Nunca ha podido decirse con más razón que ahora:

«Los negocios, son el dinero de los demás.»

La familia estaba en Plessis-Mortcerf.

El real castillo tenía su aspecto ordinario.

Todo estaba lo mismo que el año anterior cuando se había decidido el matrimonio de Jacobo Mosés con Elena de Villedieu.

Sin embargo, ¡cuántos acontecimientos habían tenido lugar, oscuros para los que no conocían á fondo la casa!

Ni Plessis-Mortcerf, ni el hotel de la avenida Gabriel habían perdido nada de su esplendor. No faltaba ni un criado en las antecámaras, ni un caballo en las cuerdas.

Causседé esperaba confiado.

Preparaba los acontecimientos con tranquila paciencia; conocía á sus paisanos, su tenacidad, su astucia de cazadores, la violencia de sus resentimientos y la energía que desplegaban en la venganza.

La tarde de la escena del calvario de Astos, había en Plessis-Mortcerf numerosos invitados.

A las seis una brillante multitud se reunía en la explanada del castillo.

Causседé estaba sentado con Elena en un banco de marmol.

—Vámonos—la dijo.

—Vámonos—repitió Elena.

—¿Por dónde?

—Por donde quieras. Lejos de toda esta gente odiosa.

E inclinándose al oído del marqués, añadió:

—Tengo que hablarte.

—¿Sobre qué?

—¿No lo adivinas?

—Puede que sí.

Se alejaron, separándose de la terraza, y se perdieron por las grandes avenidas sombrías que rodeaban el castillo.

Poco á poco se fueron acercando al pequeño templo, en el que se encontraron el día que el barón Mosés pidió la mano de Elena para su hijo Jacobo.

La puerta, abierta, dejaba ver el interior de aquel retiro tan coqueto y agradable.

No había nadie.

El corazón de Causседé se oprimió, acordándose de aquella graciosa Matilde que había sorprendido el año precedente y que no volvería á entrar más.

Ya la joven baronesa estaba dentro, y llamaba á su primo con gesto imperioso.

—Siéntate — le dijo, señalándole un asiento—y hablemos.

—Te escucho.

—¿Tú me amas?—le preguntó ella bruscamente.

—No lo dudes, Elena.

—Pues bien debes comprender que mi existencia es intolerable.

—Sí que lo sé.

—Nunca he tenido más que aversión por mi marido... Esta aversión se complica con el desprecio... y ha llegado á ser odio violento.

—Te comprendo.

—Esta vida debe cesar.

—¿Cómo?

La joven tuvo un arranque de irritación.

—¿No comprendes que quiero que esto termine, cueste lo que cueste? ¿Crees acaso que no comprendo los horrores que me rodean, y que tú mismo contribuyes á hacer oscuros para mí?...

El marqués no trató de negar.

—Es cierto—dijo.

—¿Por qué me engañas?

—Porque quiero evitarte disgustos en el presente y remordimientos en el por-

venir. No quiero que vivas bajo el peso de las atrocidades que ocurren en esta casa.

—¿Atrocidades dices?

—¡Mucho peores de lo que puedes suponer!

—Razón de más para concluir.

—Dentro de algunos días serás libre.

—¡Vanas promesas!

—Te juro que no. Te he pedido un plazo...

—Que yo no tengo fuerzas para conceder.

—Es preciso.

El marqués cogió las débiles muñecas de la joven, la atrajo hacia sí y añadió, mirándola fijamente:

—¿Crees tú que el tiempo me parece más corto que á tí? Cada día me pareces más hermosa y cada día te quiero más. Ya te lo he dicho; te quiero para mí, para mí solo. La casualidad ha hecho que vayas á parar á los brazos de ese hombre, de ese miserable... Yo te arrancaré de ellos aunque tenga que matarlos con mis propias manos... Pero espero no tener necesidad de esto, trato de evitar un escándalo... ¡Paciencia!

—¡Yo no puedo más!

—Todavía unos días... Escucha... no perdamos el tiempo... Pueden sorprendernos... Desde hace algún tiempo parece que tu marido se ocupa de tí...

—En efecto... pero entre nosotros hay una barrera infranqueable.

—Pues él trata de salvarla.

—¿Qué sabes tú?

—¿Crees que los ojos de un celoso no lo ven todo?

—Desde el escándalo de la calle del Circo, nuestra separación ha sido más completa.

—Quiere hacerse perdonar.

—No llegará el caso. Ese hombre me causa horror.

—De todos modos, puedes imponerle tu voluntad. El momento es propicio.

—Quizá.

—El barón se marcha á Luchón.

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos días.

—¿Te lo ha dicho?

Causedé pronunció las palabras siguientes, fijándose en cada palabra.

—Que me lo haya dicho ó no, el caso es que lo sé. Es preciso que tu marido le acompañe.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—Pues irá. ¿Y después?

—Después... nada.

El marqués abrazó á su prima ardentemente en un arranque de pasión.

La joven se separó y dijo:

—No sé lo que quieres, y sin embargo, obedeceré. Iremos á Luchón, pero piensa que será mi última concesión. Tú me amas, según dices; pruébame la libertad, y si no, la recobraré yo sola.

Abandonaron el pequeño templo.

El pecho de la joven se levantaba á impulsos de su emoción, bajo la débil tela de su justillo. Caussedé tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para tranquilizarse.

Aquella vida tan familiar, su intimidad con aquella mujer, más encantadora cada día, exaltaban el amor que sentía por ella hacía largo tiempo.

La joven se apoyó en el brazo de su primo diciendo:

—¡Qué hermoso es esto! La naturaleza es soberbia, pero ¡qué contraste el mundo que se ve! El honor de mi padre me ha obligado á someterme, he cedido en un momento de desfallecimiento, pero, ¡cuánto me arrepiento de ello!

Caussedé interrogó con la mirada á la joven.

—¿Por qué?—la dijo.

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Es que yo no me hago cargo de las cosas? ¡Esa Matilde enterrada en Jadrey con su hijo; ¡Ese Dantenac desaparecido! ¡Cierro los ojos para no ver, y sin embargo, veo! ¡Comprendes! ¡Por eso quiero terminar, lo quiero, debo hacerlo!

¡Qué contestar!

No pronunciaron una palabra más.

Recorrieron de nuevo las sombrías alamedas, atravesaron las explanadas adornadas de estatuas, y llegaron á mezclarse con los invitados en el momento que la campana avisaba para comer.

El viejo Mosés, solo en un ángulo de la explanada, apoyado en el pedestal de una magnífica Venus saliendo de las aguas, tenía un papel en la mano que leía con atención.

Llamó á Caussedé con un signo.

Su rostro, curtido como el de un marino caldeado por el sol de los trópicos, resplandecía de satisfacción.

—Lea usted—dijo en voz baja al bearnés;—es de su tierra.

Su voz parecía cantar un himno de triunfo.

El papel solo contenía dos palabras:

—¡Venga usted!

No tenía firma, pero el telegrama estaba expedido en Luchón.

—¿Qué le parece á usted, amigo mío?—preguntó el banquero.

—Le felicito sinceramente. ¡Es usted el hombre de la suerte!

—¡Se humaniza!

—Todo cede ante usted. ¡Todo se le somete!

—Vendrá usted con nosotros, Caussedé.

—¡Pero se marcha usted?

—¡Ya lo creo. Además tengo necesidad de distraerme. ¡Tengo aquí muy malos recuerdos!

—¿Cuándo se pone usted en camino?

—Lo más pronto posible, dentro de dos ó tres días. El tiempo indispensable para hacer algunos preparativos.

La campana llamaba por segunda vez. Raquel vino á poner su dulce rostro

entre el de su padre y el del marqués.

La anemia la mataba. Ya no había sangre en aquel ser delicado cuya vida estaba pendiente de un hilo.

—¿Decían ustedes?—preguntó.

—Que nos vamos á Luchón.

—Es muy lejos—murmuró la enferma.

Y con una mirada suplicante preguntó al marqués:

—¿Usted viene también?

—Su padre se ha empeñado en que acompañe á ustedes...

—¡Entonces, también voy yo!

Y acercándose al oído de Causседé añadió:

—No me encuentro bien, y sentiría morirme lejos de usted.

Causседé la contestó dándole el brazo:

—Luchón es un país delicioso que la devolverá la salud. ¡Ya verá usted!

La joven movió la cabeza y mirándole con sus grandes ojos que brillaban en su rostro de muerte, le dijo:

—Quiere usted consolarme... es inútil. No temo la muerte. ¡No he hecho daño á nadie y bajaré á la tumba con un solo sentimiento!

—¿Cuál? — la preguntó el joven acariciándola con una mirada llena de piedad.

—¡El de no volverle á ver!

## XXI

## En la posada de la Gamuza.

El 25 de julio, la temporada en Luchón estaba en todo su esplendor.

En el Casino se jugaba muy fuerte y se murmuraba de firme entre las verdes alamedas, al ruido de las cascadas y de las risueñas fuentes.

No faltaban personas importantes: la literatura, las artes, la política y la ciencia estaban dignamente representadas por un buen número de reumáticos y enfermos del pecho.

Pero todas estas notabilidades se oscurecieron ante un astro que aparecía.

¡Se estaba esperando á los Mosés!

Ya se había presentado el ayuda de cámara, Próspero Lagrippe, el *factotum* del célebre barón.

Las once daban en el gran reloj de los baños. Las once de la noche.

El cielo estaba ligeramente velado, la temperatura era agradable.

Poco á poco se iba extendiendo el silencio por todas partes, excepto en un barrio que podría compararse al boulevard y que empieza en los jardines públicos para terminar en el café Arnativo.

El viejo Luchón iba apagando sus luces.

La avenida de los Suspiros estaba desierta; solo se oía el ruido de los dos arro-